

BIBLIOGRAFIA

Flora Ilustrada de Entre Ríos, por ARTURO BURKART y colaboradores. Colección Científica del I.N.T.A. Tomo VI. Imprenta del Instituto Salesiano de Artes Gráficas. Publicados: Parte 2ª 551 páginas, 1969; Parte 6ª 554 páginas, 1974; Parte 5ª 60 páginas, 1979. - Edición del I.N.T.A. - Buenos Aires.

La medida de la civilización de un país está dada, en parte, por su producción literaria, entendiéndose por ella, tanto a las letras cuanto a las ciencias. Entre estas últimas, la Botánica, o ciencia que trata de las plantas, ocupa un lugar de indiscutida importancia. De su conocimiento puro deriva el empírico o especulativo y es obvio detallar aquí la gama de aplicaciones que ellas proporcionan al hombre. Los países con más alto grado cultural y técnico cuentan, desde hace años, con las fuentes que brindan el conocimiento de los vegetales indígenas de su territorio y también de los que crecen espontáneamente en él, por haber encontrado condiciones similares a las de su lugar de origen. Así cuenta Alemania, desde fines del siglo XIX con "Die Naturlichen Pflanzenfamilien" y "Das Pflanzenreich", obras monumentales, con numerosísimos tomos que abarcan, desde Algas (plantas inferiores) hasta Fanerógamas (superiores); Francia con su "Histoire des plantes"; Italia con su "Flora Analitica"; la U.R.S.S. con su "Flora" y más modernamente toda Europa con la "Flora Europaea" no concluida aún.

América toda tiene también floras y registros de grandes áreas continentales y de sus islas, desde el archipiélago ártico hasta las islas Malvinas. Así gozamos, por ejemplo, con una "Flora Brasiliensis" con cuarenta tomos y más de veinte mil páginas, que constituye otro monumento de la ciencia del siglo pasado, y con algunas otras, menos ambiciosas pero igualmente meritorias, de Chile, Paraguay y Uruguay, por nombrar sólo algunas del Cono Sur.

Nuestro país, hasta transcurridos 50 años de este siglo, carecía de este instrumento básico, contando sólo con catálogos regionales aislados, los que, pese al esfuerzo que significa su realización, no ofrecen el conocimiento que hoy requiere la técnica, sea para el cultivo del agro,

extracción de elementos útiles, control de malezas, sucesión ecológica con miras a la recuperación de tierras fértiles, etc.

En 1956, con la creación del Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria, I.N.T.A., se abre la posibilidad de llenar este sentido vacío. El sueño de los botánicos del país se torna en realidad. Se hacen planes para que la República entera sea estudiada en ese aspecto. Es así como la Provincia de Buenos Aires cuenta, desde 1970, con una obra que, dirigida por un infatigable investigador, el Dr. Angel L. Cabrera, contiene, en seis volúmenes, la flora del Estado más grande y poblado del país.

Casi simultáneamente otra gran provincia de menor área pero con muy rica flora es estudiada. Se trata esta vez de Entre Ríos, asumiendo la responsabilidad de su dirección el ingeniero agrónomo Arturo Burkart, preclaro botánico, infortunadamente desaparecido hace pocos años. La variada flora de su territorio estará presente en el Tomo VI del Plan de Floras Regionales Argentinas del I.N.T.A. Este tomo constará de seis partes, en las que estarán tratadas las especies autóctonas e introducidas o subespontáneas de un rico territorio que ofrece en su fisonomía fitogeográfica, tipos de vegetación tan variados como Bosque xerófilo alterando con palmares, región principalmente ganadera y forestal, Praderas, zona agrícola - ganadera por excelencia y galerías, boscosa la del Río Paraná y selvática la del Uruguay, con reminiscencias de la selva subtropical brasileña.

En 1969 hace su aparición el primer volumen (la parte 2ª) correspondiente a las Gramíneas, la familia de los vulgarmente llamados "pastos", cuya importancia en el aspecto físico y económico de un territorio es por demás significativa y máxima en el caso de Entre Ríos que cuenta con una vasta extensión con predominancia natural de gramíneas cespitosas, aptas para pastoreo y, eventualmente, para el cultivo de cereales; como dato ilustrativo baste decir que son tratadas 383 especies, con preferente atención al grado de utilidad para tales fines. Su Director expresa en la introducción: "Espero que el presente volumen dedicado a las gramíneas entrerrianas preste su utilidad a experimentadores, profesores, estudiantes, técnicos, agricultores y público en general, desearo de ilustrarse en esta rama botánica. La Agrostología en sus diversos aspectos necesita aún más de mayor atención y de planes de desarrollo". En efecto, los Cereales (su nombre deriva de Ceres, la diosa romana de los granos y por ello de las cosechas) han merecido y merecen hoy más que nunca, la atención de los que buscan alimento para un mundo cada vez más poblado. Dada la especificidad del tema, se cuenta, de entrada con una minuciosa descripción de la Familia y al final con un frondoso glosario de términos técnicos. Dos mapas, uno general y otro fitogeográfico complementan el panorama. Colaboraron en este volumen,

junto a su Director y coautor, los botánicos Nélica S. Troncoso de Burkart, José A. Caro, Katsuo A. Okada, Ramón A. Palacios, Zulma E. Rúgolo de Agrasar, Evangelina Sánchez de García y Martín Toursarkissian.

En 1974 aparece la 6ª parte, correspondiente a un grupo de familias que en las clasificaciones específicas se conocen como Gamopétalas (por presentar en general, flores con los pétalos soldados) de ovario ínfero. Entre ellas se encuentran las Compuestas, numerosa e importante familia que cuenta con muchas especies útiles como el "girasol", hortalizas como "lechuga", "escarola", "achicoria", "alcaucil", medicinales y aromáticas, como "manzanilla", "piretro" y "ajenjo", ornamentales como dalias, crisantemos y caléndulas, y también con molestas invasoras de cultivos como los cardos, abrojo, sunchillo, etc. Son Compuestas así mismo, la "lucera" y la "marcela" usadas en la elaboración de aperitivos y con frecuencia en medicina popular. Otras familias menos numerosas e igualmente interesantes tienen cabida aquí, por ejemplo las Cucurbitáceas, importantes en la alimentación cotidiana del hombre, baste nombrar la gran variedad de zapallos y calabazas, el cayote o cidra, la sandía, melón y pepino, etc., y algunas cultivadas de popular aplicación, como el "mate" (para tomar la infusión homónima) y la llamada "esponja vegetal", para diversos quehaceres domésticos. Por último mencionaré las Caprifoliáceas, con el "saúco" de aplicación terapéutica y tintórea y la deliciosa "madreselva" que, siendo originariamente asiática ha encontrado en nuestro país las condiciones necesarias para crecer espontáneamente, al punto de hacerse invasora, sobre todo en lugares húmedos y umbríos. Son autores de la parte 6ª la Prof. Nélica M. Bacigalupo, el Ing. Agr. Arturo Burkart, el Dr. Angel L. Cabrera, el Ing. Agr. Raúl Martínez Crovetto y la doctora Stella B. Sorarú.

Recientemente, en 1979, ha visto la luz la parte 5ª del Tomo VI, motivo de nuestro comentario. Se trata de otro hermoso volumen, con 300 figuras que ilustran sobre la casi totalidad de las numerosas especies contenidas en 27 familias, pertenecientes a las gamopétalas de ovario súpero, por ejemplo: Verbenáceas, a la que pertenecen el "cedrón", el "poleo" y las "lantanas" o "camará"; Labiadas con "salvia", "menta", "romero", "albahaca", "tomillo". Solanáceas (la familia de la papa, el tomate, los ajíes y el tabaco) representada en Entre Ríos por diversos géneros entre los que se ubican los "revientacaballos" "duraznillos", "yerba mora", "tutiá", "huevo de gallo", "flor de sapo", "chamico", "petunia", "palán-palán", entre otros.

Mediante el sistema de claves dicotómicas, el interesado encuentra el nombre del vegetal buscado, la familia a que pertenece y bibliografía para ampliar su conocimiento. Dicho sistema ofrece dos alternativas breves y fácilmente observables. Luego de sucesivas opciones y ayu-

dado por las ilustraciones, el lector llegará a identificar la especie, con cuyo nombre en mano, podrá obtener el detalle de sus características como ser: porte, flores y frutos, área que ocupa, ecología cuando es interesante, ejemplares de herbario para comparar, observaciones y utilidades.

Son autores de la 5ª parte, Nélica M. Bacigalupo, Silvia M. Botta, Lilia D. Bravo, Hilda T. Buck, Arturo Burkart, Angel L. Cabrera, Susana Crespo, Genoneva Dawson, Humberto A. Fabris, Teodoro Meyer, María E. Múlgura de Romero, Román L. Pérez Moreau, Knud Rahn, Etella B. Sorarú, Nélica S. Troncoso de Burkart y Emilia A. Ulibarri.

Un índice de nombres científicos y vulgares completa cada volumen de esta magnífica obra que está cuidadosamente impresa por ISAG, en formato de 27 x 20 cm. Los amantes de la botánica compartimos el deseo del Dr. Cabrera, actual Director del Instituto Darwinion de San Isidro (crisol de esta obra) expresado en la introducción del último volumen, de contar en plazo relativamente breve con la parte 1ª que incluirá la rica familia de las Leguminosas, ya redactada por Burkart, y varias más, muy bien representadas en Entre Ríos.

Obras como la presente enorgullecen el alma nacional y trasuntan la marcha de un pueblo alerta en pos de su grandeza.

Delia C. Añón Suárez de Cullen

ESTRELLA GUTIÉRREZ, Fermín, "Sonetos de la vida interior": canto celebratorio. Editorial Losada, 1979, 58 págs.

He aquí el poeta. Su plática interior vuelve a iniciarse: ... "Hemos andado y esperado tanto, / mas aun quedan por ver nuevas auroras / y aun brota el puro manantial del canto". Este "Soneto del amanecer" con el cual se abre el volumen que hoy nos ocupa, última obra lírica de Fermín Estrella Gutiérrez, es la propia voz del creador que se interroga, enteramente madura y reflexiva.

Los cincuenta trabajos que integran este poemario, elaborados con rigurosa precisión, participan de una realidad a la cual están ligados por el oficio y la vocación de una vida realmente vivida.

Haciendo referencia a su vasta obra, que ha abarcado las más variadas expresiones de la literatura, Fermín Estrella Gutiérrez no ha permanecido ajeno a los cambios idiomáticos y a los diversos movimientos

innovadores y es así como ha encauzado y depurado su obra, sin variar sustancialmente su propia naturaleza.

La perfecta estructura del endecasílabo, enriquecido por la sensibilidad de este poeta, significa el hallazgo de su íntima personalidad, lo-grada a través de una sostenida labor creadora. Su característica fundamental es la sencillez. Maravillado regocijo ante... "los árboles, el cielo, la distancia, / los pastos, el ganado, la fragancia, / la soledad, la tarde adormecida...". Y en la subjetividad de cada verso la nostalgia, esa serena tristeza que lo invade: ... "Oh vida fugitiva, / engañadora, / después de haber amado y visto tanto, tu alma en silencio, solitaria, llora".

A semejanza de la muerte ubica la belleza fuera del tiempo y con ánimo conmovido evidencia el destino del hombre y su efímera circunstancia.

La austeridad expresiva de Fermín Estrella Gutiérrez y su impecable estilística son atributos que fundamentan una fervorosa continuidad, una vivencia común con lo creado. Intransferibles alegrías y personales inclinaciones singularizan su palabra. En claros testimonios sus recursos acentúan la individualidad o el equilibrio entre la razón, el sentimiento y el ensueño: ... "Sentir la vida como un don del cielo / sin dolores, sin ansias, pura y fuerte, / vivir, sólo vivir, qué hermoso anhelo...".

Armonía y unidad vinculadas con lo trascendente, descubren las fluctuaciones entre el optimismo y la desesperanza, cuestionamientos que recrean la perpetua transmutación de la existencia: ... "El tiempo fluye sin saber de dónde, / el ser no es nada, un espejismo apenas, / clamamos al cielo y nadie te responde. / Mira el desierto, arenas, siempre arenas, / tu ser pensante trémulo se esconde / en un mundo de sombras y cadenas".

Desde "El cántaro de plata" (1924) hasta estos "Sonetos de la vida interior", se advierte en la obra literaria de este octogenario escritor una diversidad de estímulos y temas que se orientan sobre un hecho estético, siempre dócil a su pluma.

El "Último soneto" con el que Fermín Estrella Gutiérrez concluye este poemario nos recuerda que, aun cuando ... "nace la noche oscura y presentida / y calla el ruiseñor junto a la fuente", las generaciones se suceden y el canto permanece.

La riqueza lírico-formal de este poeta constituye el paradigma de una herencia castiza bien asimilada.

Todo cuanto invoca o expresa su actitud confidente es un modo generoso de asumir el mundo.

ARCHIVUM, revista de la Junta de Historia Eclesiástica Argentina. *Homenaje a Guillermo Furlong*, S. J. Buenos Aires, 1979. 232 p.

Con la dirección del profesor Enrique Mario Mayocho acaba de aparecer el tomo décimotercero de este importante órgano del Episcopado argentino dedicado a exaltar la vida y la obra del esclarecido jesuita que fuera Guillermo Furlong, muerto en Buenos Aires el 20 de mayo de 1974 a los 86 años de edad, un mes después del deceso en Córdoba de su no menos ilustre hermano de religión y amigo, también santafesino como él y fecundo publicista, don Juan Pedro Grenón.

No podía, desde luego, faltar este tributo póstumo de reconocimiento a una larga y luminosa existencia que vivió totalmente entregada con austeridad y silencioso heroísmo al estudio, a la investigación y al apostolado sacerdotal.

Los diversos aspectos de su personalidad, rica y múltiple, hallan un reflejo cabal en el presente volumen, a través de más de una veintena de colaboraciones que abarcan temas variados alusivos al hombre y a su circunstancia.

La serie se inicia con una disertación medulosa y documentada que pronunciara Furlong en 1971 acerca de la religiosidad de Mitre, cuyo texto hubo de permanecer inédito no obstante su deseo de verlo publicado. A ese artículo de homenaje, siguen otros de Abel Rodolfo Geoghegan donde traza la biografía del extinto jesuita, de Enrique Mario Mayocho con datos curiosos y desconocidos de sus años de adolescencia en España y sus primeros contactos con los clásicos de la lengua y la figura señera de don Marcelino Menéndez y Pelayo, quien lo iniciara en los pinnos literarios; de José Antonio Sojo y Vicente D. Sierra sobre el hombre; de Enrique Gandía, que lo estudia como académico; de Ernesto E. Padilla que se detiene en el análisis de sus biografías; de Cayetano Bruno que menciona sus recuerdos personales; de Manuel N. J. Bello referido a Furlong y la Acción Católica; de Alberto Caturelli sobre su influencia en la historiografía filosófica argentina; de Juan Carlos Zuretti, acerca de la espiritualidad del padre Furlong y la juventud; de quien esto escribe, que lo estudia en su condición de bibliógrafo y bibliófilo; de Adolfo Luis Rivera que demuestra su versación en arte hispanoamericano; de Luis Avila, su nota de homenaje; de Luis Soler Cañas que señala las relaciones con el lunfardo; de Federico Oberti sobre su biblioteca; de Américo Tonda que considera sus estudios sobre el deán Funes; de Angel M. Centeno y Antonio Lascano González en su faz de hispanista y conocedor de la historia de la ingeniería, res-

pectivamente; de Félix Luna, perfil evocador de su maestro; de Carlos G. Romero Sosa sobre las contribuciones del padre Furlong vinculadas con el pasado de Salta, y de Oscar Ricardo Melli sobre Furlong en Chacabuco.

La entrega de la revista se cierra con una sección que consigna algunos juicios y graciosas anécdotas que contribuyen a ampliar el conocimiento íntimo de esta magnífica expresión de humanidad comprensiva y tolerante. Firman los relatos Fr. José Brunet, Agustín Zapata Gollán, Ernesto J. H. Maeder, Mariano Echazú Lezica, Oscar A. Varangot, S. J. y Narciso Binayán Carmona.

Tiene de esta manera el lector un ingente material para indagar el contenido y el mérito de la obra profundamente civilizadora de este insigne maestro y pastor de almas que, por sobre todas las cosas, estuvo siempre al servicio abnegado del país. A su condición de escritor fecundísimo — es impresionante y asombrosa la vastedad y heterogeneidad de su producción intelectual — debe agregarse la noble ejecutoria de su laboriosidad ejemplar — nulla dies sine linea — y su acendrado ministerio docente como formador de conciencias.

Si la gratitud es el sentimiento que nos obliga a reconocer el bien recibido, no es menos cierto, también, que ella enaltece por igual a quienes sienten la necesidad moral de expresarla como testimonio de cálido afecto.

Los amigos, discípulos y admiradores del padre Furlong, al honrarlo en este homenaje de recuerdo a su memoria, no hay duda alguna que se honran a sí mismos y en el éxtasis se identifican con sus virtudes de claro y alto varón cristiano.

Domingo Buonocore

LÓPEZ YEPES, José, *Teoría de la documentación*; prólogo de José María Desantes Guanter. Ramplona, Ediciones Universidad de Navarra, S. A., 1978; XXXI - 337 p. (Ciencias de la Información, Manuales, 8).

El vocablo Documentación, en el sentido técnico moderno, es de uso relativamente reciente, tanto que el mismo diccionario académico en su última edición de 170 aún no le ha dado registro. El término comenzó a difundirse alrededor de 1930, con motivo del cambio de nombre del Instituto Internacional de Bibliografía de Bruselas, hoy Instituto Internacional de Documentación con asiento en La Haya, Holanda.

Siendo, pues, la Documentación una disciplina nueva y, por lo tanto *in fieri* en su desarrollo, se explica fácilmente que su concepto, sus fines, sus métodos y técnicas, así como su propio carácter o naturaleza sean objeto de viva discusión y controversia entre los autores, no habiéndose logrado hasta la fecha uniforme criterio al respecto. Otro tanto ocurre con la terminología de la materia, algo insegura, contradictoria y ambigua, deficiencias que se advierten en nuestro propio idioma como en el de los países extranjeros donde su cultivo ha alcanzado un alto nivel de progreso, tales por ejemplo, los Estados Unidos, Gran Bretaña, Francia, Rusia, Italia y Alemania. El caos al respecto asume tales caracteres de confusión que le ha permitido a un autor afirmar humorísticamente: "Estamos de acuerdo en que no estamos de acuerdo sobre lo que entendemos por documentación". La bibliografía del tema es abundantísima y, particularmente en España, ha adquirido singular incremento a partir de la década de 1950.

Pero, no obstante ello, se echaba de menos la presencia de una obra de riguroso corte doctrinario y fundamentos filosóficos que abarcara el estudio de la Documentación en relación con el progreso de la ciencia y su impacto en el mundo de rápido cambio que vivimos, al propio tiempo que estableciera comparativamente su concepto desde los orígenes a través de las teorías de los autores contemporáneos más reputados en la especialidad. Este vacío, precisamente ha sido cubierto en forma sobresaliente por el libro que tenemos a la vista del profesor hispano López Yepes. Con admirable precisión en los juicios críticos y método adecuado, expone minuciosamente las diversas concepciones sobre la materia hasta lograr ofrecernos una visión acabada y sistemática de la misma.

Para ello pasa revista, en forma sucesiva, a las contribuciones originales de Paúl Otlet, el famoso jurista belga autor en 1934 del primer tratado de Documentación que viere la luz, pasando por Ortega y Gasset con su memorable discurso de 1935 en torno de la misión histórica del bibliotecario en el campo de la cultura, para llegar a Samuel Bradford, científico británico y luego, en un desfile múltiple de valores, a Jesse H. Shere, el autor estadounidense más destacado de la corriente biblioteconómica, a los enfoques conceptuales de Mohrhardt, Liebaers y Hayes juntamente con concepciones paralelas de Dittmas, Coblans, Pietsch y Varhef, la teoría francesa de Suzanne Briet, la teoría italiana de Bruno Balbis, la teoría del inglés Vichery y el concepto de recuperación de la información. A todo ello se suma el análisis de la denominada ciencia de la información, disciplina nacida en los Estados Unidos, desde la perspectiva de Taylor, Berko y las tendencias posteriores para en seguida detenerse en el concepto de Informática, término acuñado en 1966 por

el investigador ruso Mikhailov con el significado de conjunto de conocimientos científicos y técnicos que hacen posible el tratamiento automático de la información por medio de ordenadores electrónicos.

Capítulo apasionante y de hondo interés para nosotros, los argentinos, es el que se refiere a los orígenes y desarrollo de la Documentación en España. Además de la tarea, menuda pero sesusa, que se realiza en las grandes revistas especializadas, el autor puntualiza debidamente los diversos aportes de los tratadistas, entre quienes descuella como máximo campeón, Javier Lasso de la Vega, maestro incomparable de vena fecundísima y verdadero introductor de esta disciplina en la madre patria, juntamente con el Sistema Decimal Universal para la clasificación de libros y bibliotecas.

En la misma dirección de Lasso de la Vega corresponde mencionar la labor creativa de Juan Roger Rivière, Jeréz Amador de los Ríos y Pérez, Alvarez - Ossorio. En la bibliografía propiamente dicha no puede olvidarse la hazaña excepcional de registro y compilación cumplida por José Simón Díaz. Con otro matiz diferencial, son dignas de aplauso las contribuciones ilustrativas de Luis García Ejarque, Garza Mercado, Mota Castellón, Justo García Morales, Teresa María Kovisa, Mercedes Kossel y Nuria Amat, las tres últimas pertenecientes a la escuela de biblioteconomía de Barcelona que dirigiera el inolvidable mentor Felipe Mateu Llopis. Desde la perspectiva archivística es igualmente valiosa la contribución teórica y organizativa de Sánchez Belda y María Pescador del Hoyo.

La Documentación no es sólo un conjunto de medios y técnicas de que se vale el investigador para racionalizar el trabajo intelectual. Ella ha conquistado la jerarquía trascendente de una verdadera ciencia autónoma, según lo demuestra acabadamente López y Yepes en este libro bello y profundo.

Domingo Buonocore

CERVERA, Felipe Justo, *¿Qué queda sin el fútbol?* Santa Fe, Colmegna, 1980. 96 p.

En un reciente trabajo Edgardo Pesante (1) se refiere a la evidente proclividad del escritor de la zona litoral por elegir el cuento —en vez de la novela— como módulo que posibilita una canalización más

(1) PESANTE, Edgardo, *Todo empezó con Mateo Booz*, en Artes y Letras Litoraleñas, Colmegna, 1979.

fluida de sus inquietudes expresivas. Y cita como testimonio irrefutable el hecho de que a partir de Mateo Booz, las sucesivas generaciones prefirieran dicha especie narrativa. La novela también fue transitada, pero a excepción de Alcides Greca —que diera con *Viento Norte* una gran obra, Gastón Gori y otros pocos más— no podemos afirmar que los que intentaron ambas posibilidades —Diego Oxley, Mateo Booz, José L. Vitorri— hayan logrado con aquélla la misma solidez estructural ni parecida soltura narrativa que con el cuento. Es larga en consecuencia la lista de aquellos que en volúmenes totales o en ocasionales antologías acudieron a la “historia corta” para configurar personajes, sucesos, situaciones; algunos en el afán de convertir estéticamente el entorno comarcano desde una concepción ambiguamente tildada de “realista”, otros para proyectar verbalmente —y luego de laboriosos años de fermentación en la memoria y en el alma— el “lugar sagrado” de las primeras vivencias, merced a lo cual, la ciudad, el campo, la isla penetran en el plano de lo mítico simbólico.

A comienzos de este año Felipe Cervera —escritor ubicable dentro de la generación del 55— publicó *¿Qué queda sin el fútbol?*, un volumen de cuentos estructurado a la manera de los clásicos de la literatura lugareña, en dos grandes ámbitos: “vida urbana” y “vida rural”. En cada uno de los microcosmos conformadores de la totalidad estética, fácil es advertir que acucia al autor el modo en que las creaturas se asumen frente a la existencia. Y aquí adquieren singular importancia semántica los dos epígrafes encabezadores de la obra —pensamientos de Ernesto Sábato y de Crane Brinton— que apuntan al hecho siguiente: para que haya vida plena debe haber un principio básico cual es el vivir con la simple sabiduría de los que internalizan “que los ideales al igual que los apetitos ponen en acción a los hombres” y que “en la vida es más importante la ilusión, el deseo, la esperanza”.

En el ámbito urbano Cervera se preocupará en casi todos los casos por ahondar en la idiosincrasia del hombre cotidiano, profundo en su simpleza, el de los pequeños afanes, el que al igual que el protagonista de *Los pasos perdidos* de Carpentier reactualiza el mito de Sísifo como expresión del “duro oficio de vivir”. Es así como en la historia que da título al libro aparecen las diarias peripecias de un personaje agobiado de rutina y como sorprendido por las contingencias de una siempre mutante y a menudo brutal realidad. Quintaesencia del hombre de las capas medias urbanas añora “los tiempos de Sandrini... más limpios, más sencillos, más tranquilos, más seguros” y refugia su módica cuota de ansiedad e impulso vital en el fútbol que a modo de catarsis lo liberará de todos los desalientos y amarguras cotidianos. Otro tanto ocurre con *El portafolios* en que Cervera fusiona su condición de estu-

dioso de la sociología con el de la de buceador de almas. Nuestro autor logra aquí penetrar amorosamente a través de certeros pincelazos iniciales en el modo de ser de quien vive —y vivió— permanentemente a contrapelo entre lo que pretendió ser y lo que el destino le deparó. Crescencio Quiroga vive prisionero de la imagen por él mismo construida —la del “doctor”— en su afán por consolidar un “status” inexistente. Y en esa imagen juega un papel fundamental el portafolios, símbolo de su fabulada relación con el mundo e implacable testigo de su desfasaje vital. Dicho carácter simbólico queda resaltado cuando al final del cuento Crescencio exclama: “—Sabe, Felipe. Mañana va a ser un día muy hermoso” ya que ese día le será devuelto el “escudo” que permitirá readquirir su identidad.

Ese juego dialéctico entre sueños-realidad aparecerá en varios de los cuentos que componen “*¿Qué queda sin el fútbol?*”. En algunos casos concluirán trágicamente como *Los sueños del guerrero*, en el que el protagonista vive la contradicción entre la arriesgada existencia del antepasado prócer y su oscuro presente burocrático. Atrapado definitivamente por el doble juego realidad-fantasia —que se encarga de alimentar con obstinadas lecturas sobre las hazañas del héroe— no resiste la rutina ni tampoco el irreversible andar del tiempo —pérdida de la vieja casona familiar y de los objetos queridos. Finalmente al matar al jefe implacable termina con la causa visible de su fracaso; y concluye, en un supremo gesto liberador, con su propia vida.

En *Sólo la mirada*, un cuento cargado de ternura, también aparece esa constante semántica de nuestro autor, al reflejar los deseos de un niño que anhela que su padre le regale un elefante para el día de su cumpleaños. Elementos de raíz mítica se acumulan a nuestro juicio en las descripciones fuertemente connotadoras del mágico mundo de la niñez, especialmente aquellas referidas al sueño de Quito —el protagonista—, sueño que luego se desvanecerá al no haber festejos de cumpleaños ni elefante. Igualmente dicho conflicto se reiterará en *Igual*, cuando la esposa siempre sumida en el invariable devenir de los días sugiere a su marido —en el desvaído paseo sabatino— penetrar al mundo de los sueños representado por un circo: “El la miró con un asombro auténtico, encrespado, que fue creciendo sordo ante su silencio, y al fin dijo: “—¡Estás loca!— con un contenido comienzo de ira— ¡Si a estas pavadas las conocemos desde que éramos chicos!”.

Para concluir con el ámbito urbano sólo resta insistir en un hecho notorio referido tanto a los ejemplos mencionados como también a aquellos que por razones de espacio hemos omitido; en todos ellos asoma en forma recurrente la humana necesidad de colmar sus avideces

de ilusiones y esperanzas, por concretizar en última instancia en realidades los impulsos que subyacen en los sueños.

El ámbito rural posee respecto al anterior puntos de contacto y también diferencias. En primera instancia podríamos decir que quizá por ser cuantitativamente menores, son más uniformes en cuanto a la calidad. Hay, según nuestro criterio, superiores logros estéticos a partir de una andadura narrativa más elaborada y un grado de ahondamiento mayor en la realidad que el autor pretende representar. De allí que sería interesante efectuar un rastreo de esta particularidad en el pasado mediato de Cervera, lo que nos permitiría captar la existencia de todo un proceso de decantación a través del tiempo, de experiencias claves que al adquirir forma a través de la palabra, emergen como modo inédito e intrasferible de aprehender y transformar la realidad. En algunos casos son seres queridos que vuelven a tener renovada vitalidad como en *El Brindis* donde aparece con nítidos perfiles la figura del abuelo, impregnada de sabiduría y paradigma de lo que el autor entiende por vida "bien vivida", esto es encarada con filosofía simple y desarrollada capacidad para recibir todas las sorpresas cotidianas. "El vino, las mujeres y la vida debían saborearse lentamente. —¡Sobre todo la vida! —repetía— ¡Sobre todo la vida!. Conectado con lo anterior se manifiestan en este ámbito dos motivos: el de la amistad y el del arraigo. Amistad hecha de pocas palabras, largo silencio y profundo compartir, vino mediante, las vivencias más caras; arraigo que no necesita explicación y que penetra hondamente la existencia de los hombres. En el cuento últimamente citado, cuando muere el amigo succionado por un remanso, la significativa exclamación del abuelo une los dos motivos: "Murió donde siempre vivió y donde siempre quiso vivir o morir... Luego, como en apagada orden o ruego, agregó: "Déjenlo descansar en el río".

En el excelente cuento titulado *La última tierra* se manifiesta claramente el imperativo raigal que venimos comentando. La historia comienza con el desgarramiento interior que sufre Nazario Benavidez —individuo de la más pura cepa criolla— al tener que abandonar el campito que antaño formaba parte de los extensos dominios de la familia. El nudo del conflicto se centra en el encuentro entre Benavidez y Néstor Recchia —el hijo de italianos que ha comprado las tierras— en el que es posible captar dos maneras de considerar la propiedad, de trabajar el campo, en última instancia de concebir la vida. Pero ambos convergen en el infinito apego al terruño: el criollo en la inefable necesidad de sentirse atado al pasado —y en su incapacidad de vislumbrar el futuro— y el gringo en sus ansias de trabajar la tierra que ya es suya. El desenlace del cuento constituye una suerte de metáfora del devenir de los hombres

y del suelo en esta tierra litoral: el primero que se aleja derrotado de la "última tierra" —no obstante la invitación que recibió de permanecer allí—, el otro que se queda para hacerla progresar.

Cervera también aborda la picaresca criolla, de honrosa trayectoria en nuestra narrativa y que tantas veces ha puesto de manifiesto esa particularidad tan propia de nuestro hombre. En *Los humildes y mansos* aparece contrapuesta la "humildad y mansedumbre" de una joven pareja que efectúa un camino agotador para que los case el Juez de Paz, con la alcohólica y socarrona figura de éste —que al ser localizado en un boliche finge realizar la ceremonia y cobra por la misma— y la inocente crueldad de los parroquianos que, a modo de coro, festejan el hecho. Elementos del costumbrismo crítico se deslizan en el delineado de los personajes y situaciones a través de descripciones ensambladas con un ritmo narrativo lento que refleja sobria y precisamente la atmósfera pueblerina y más concretamente la del recinto donde se desarrolla una de las escenas nucleares: allí en ese boliche y luego de la vergonzante acción se producirá el comienzo del arrepentimiento. Es el instante, muy significativo por lo demás, para captar el modo en que se dan las relaciones interhumanas en toda la obra, en que el Juez al mirar "la descarnada, oscura y callosa mano del hombre... y el rostro de la mujer joven y pura que lo miraba con sus grandes ojos ingenuos claros y limpios" readquiere, desde el fondo de su borrachera, la exacta dimensión de su actitud y quizá el sinsentido de su existencia toda.

De este breve rastreo por "*¿Qué queda sin el fútbol?*" podemos establecer algunas notas semánticamente indicativas que, a modo de conclusión, refieren a la cosmovisión de nuestro autor y a su búsqueda de un perfil totalizador del hombre del litoral. Allí encontramos motivos tales como el arraigo, la amistad, el amor, pero también el fracaso, el tedio, la muerte. También hallamos al hombre, a la mujer, al niño enfrentados a situaciones muy disímiles: frustrantes, dolorosas en algunos casos, gratificantes, vitalizadores en otros. Aunque por razones apuntadas no nos referimos a ellos, están presentes en otros cuentos, el jugador otrora famoso que ya no es reconocido; el hombre que no supo gozar con Rivero cantando "La casita de mis viejos" o con Salgán interpretando "Responso"; los oficinistas que buscan desintoxicarse en el campo; el gringo cuyos deseos de regresar están hechos añicos... Y de esta diversidad de casos tan complejos emerge una gran esperanza en el hombre, un optimismo esencial respecto a las posibilidades humanas quizá porque estos seres son seres en esperanza, seres llenos de sueños que en la amistad, el arraigo, el amor buscan descubrir los senderos que puedan indicarles la plenitud.

Por tanto y para finalizar diremos que Cervera, al tiempo que enlaza la narrativa actual con la de los viejos maestros de la cuentística litoral, por la hondura y universalidad de su problemática logra renovar —para complementar con el matiz interrogativo del título— las eternas y siempre nuevas preguntas: “¿Qué es el hombre?”, “¿Qué es vivir?”.

Oswaldo Valli